

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE LA PURISIMA  
CONCEPCION DE VALLADOLID

# MAS DE MEDIO SIGLO DE PERIODISTAS Y PERIODICOS VALLISOLETANOS

DISCURSO DEL ACADEMICO ELECTO  
ILMO. SR. D. LUIS CALABIA IBÁÑEZ

Con motivo de su recepción pública, que tuvo lugar en el  
Salón de Actos de la Real Corporación el 3 de mayo de 1985

Y

CONTESTACION EN NOMBRE DE LA CORPORACION  
POR EL ACADEMICO DE NUMERO  
ILMO. SR. D. ANTONIO CORRAL CASTANEDO

VALLADOLID  
1985

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE LA PURISIMA  
CONCEPCION DE VALLADOLID

# MAS DE MEDIO SIGLO DE PERIODISTAS Y PERIODICOS VALLISOLETANOS

DISCURSO DEL ACADEMICO ELECTO  
ILMO. SR. D. LUIS CALABIA IBÁÑEZ

Con motivo de su recepción pública, que tuvo lugar en el  
Salón de Actos de la Real Corporación el 3 de mayo de 1985.

Y

CONTESTACION EN NOMBRE DE LA CORPORACION  
POR EL ACADEMICO DE NUMERO  
ILMO. SR. D. ANTONIO CORRAL CASTANEDO

VALLADOLID  
1985

Imprime: Gráficas Andrés Martín, S. A.  
Paraiso, 8. Valladolid

Depósito Legal: VA. 260.—1985

**PREAMBULO**

Señores académicos:

Llegar a esta Real Academia de Bellas Artes de la Purísima Concepción a mis años, que son bastantes —mejor diría muchos, o acaso, todos— no lo encuentro comprensible. Por eso, entiendo natural, obligadísimo, que yo, como *recipiendario* —palabra de fuerte contenido gramatical e indumentaria antipática, a mi juicio—, antes de entrar en materia salude y reparta gratitudes por vuestra benevolencia, simpatía y grandeza de ánimo en honor a mi vetusta persona, designándome académico para ocupar el sillón VI, vacante, y ostentar la medalla que usufructuó don Julián García Blanco. De nuevo, gracias.

Antes de ingresar en esta grave Corporación, lo he pensado mucho. No ha sido por falta de temas, que jamás faltaron a lo largo de mi vida periodística o literaria, sino por pudor —me considero recatadamente modesto— frente a tantas sabidurías plenas como se encuentran en este conclave. Sentía, y siento, temor por llegar a este instante. En resumen, decidir mi presencia vestido de académico, ha durado demasiado tiempo, cinco, seis o más años, que son demasiados. A veces, he reprochado la ausencia casi grosera, para mis adentros; pero, al fin, ¿cómo resistir la invitación cordial, exquisita y amable a trabajar en lo que solicite la Real Academia, que será honorable en favor de las artes o las letras? Trabajaré siempre, hasta el final, aunque los días pesan como plomo, frenan y no resucitan de achaques, que se agolpan, o lo parecen así. Alguna vez se sueñan vientos vivificadores en total jubileo; mas lo que haga o pueda yo discurrir, será *influido* por vuestras ilustrísimas. De todos modos, doblé el cabo de Buena Esperanza de mi indecisión y acabo de sentarme —es un decir— en este ágora vallisoletana que pule, brilla y da esplendor por el imperio de númenes inteligentes. Sí. Llegar a esta meta se ha producido después de razonamientos serios. Mejor diría yo superando caminos y paisajes,

vistos con ojos imaginativos siempre claros, alegres. También superé túneles, a veces, perplejo por obnubilaciones inexplicables. En mi cuarto valetudinario viajé, como Xavier de Maistre, aunque yo, con ayuda de un vehículo en olor de hospital, recorrí con cierta comodidad, si bien confieso que la convalecencia no es completa, ni llega nunca, la curación.

Como dije antes, primero por ausencia de Valladolid y después por fallecimiento, vengo a ocupar el sillón que dejó vacío el ilustrísimo señor don Julián García Blanco —murió el 6 de diciembre de 1979, en La Coruña—, personaje acreedor a máximos honores. Discurrir sobre la situación creada no fue fácil para mí, pero la breve historia del protagonista escrita en trazos sencillos me la facilitaron amigos suyos, que lo fueron míos, de manera que no hubo problemas en la investigación en Burgos, Badajoz, Zaragoza y mucho menos en Valladolid, donde acabó su vida oficial como vallisoletano de corazón y razón, ya que no lo fuera de nacimiento. Sí. Había nacido en Burgos el 28 de enero de 1894.

Hombre tan ilustre, todo para él era luminoso, radiante, por más humilde que fuera. Algo tuvo de soberbio: no cedió a pequeñeces, ni miserias humanas. Me atrevo a tildarle de amante de oposiciones, como no hubo otro. De nueve años —1903— cuando hay chicos que apenas deletrean, opositó de canto y solfeo con éxito integral: obtuvo plaza de «niño de coro» en la catedral de Burgos. Tiempo posterior, 1910, cuando su voz se negó a seguir añorada, más trabajos y nuevas oposiciones con los maestros Pérez de Vistalegre y Federico Olmeda: Estudios Superiores de Armonía, Contrapunto, Fuga y Formas Musicales, también, con el que había de ser director de la banda del Real Cuerpo de Alabarderos, don Emilio Vega y Manzano. En 1911 —todavía no era quinto— fue nombrado organista de la Universidad Pontificia y acabó estudios sacerdotales de Filosofía, Teología y le sobró tiempo para organizar un gran coro que llamó la atención. Ya en 1918, previa oposición, ¡no faltaba más!, ganó el beneficio con cargo de tenor —entonces, ¡qué gran voz la suya!— en la S.I.M. Catedral de Badajoz y, seguidamente, 1919, maestro de capilla, en la de Zaragoza, aprobado por unanimidad. Un año más tarde opositó al mismo cargo en la catedral vallisoletana que estaba vacante, y como vuestras usías conocen, venció, convenció y se posesionó de la plaza el 1 de julio, conservándola durante cuarenta años.

Conviene volver a Valladolid y ambientarse en ella antes de seguir por sendas foráneas.

Mi afición al fútbol no me privó de la música, que parecía no tener límites. Si definiendo el estudio biográfico del fallecido García Blanco es que cuento con derechos de conocimiento, de orientación, para

sentirme fuerte. Desde bien niño gocé dos butacas hasta bien entrado 1924 —año de nieblas, aquél— en el teatrillo Zorrilla, mi segunda escuela, que me abrió las puertas de la zarzuela, por lo menos. El personaje, motivo del presente trabajo, vio claro su ambiente. Los siglos XIX y XX, con todos los respetos..., no merecen estimación en medio del caos imperante llevaron a España a pérdida de colonias: el país olía a desastre y lo de «canto por no llorar» resultó cierto...

La música pudo dominar lo habido o lo por haber y las obras o las partituras de ellas fueron las geniales que cayeron encima de tantos disparates consumados sobre un pueblo dormido y perdido. Barbieri, Arrieta, Albéniz, Tárrega, Falla, Granados —no hay orden en la relación—, Chueca, Bretón, Caballero, Chapí, Jiménez, Vives y otros muchos, por traer a los más importantes, aunque el músico religioso que era don Julián barajase con mayor afición y afán, en primer lugar con don Hilarión Eslava, compositor de algunas óperas discretamente famosas, el «Método de Solfeo», que lleva su nombre y el «Tedeum», conocido en todo el mundo. El «Método» para solfear fue oficial en escuelas y conservatorios y, asimismo, como entretenimiento en poblaciones universitarias, estudiantiles, militares y amorosas. Las lecciones del maestro de la Capilla Real, cargo de que estaba revestido Eslava, se hicieron tan populares por su belleza y elegancia, además de famosas, que todavía bien entrado el presente siglo tuvieron vigencia en centros oficiales de enseñanza hasta el punto de ser «traducidas» de lo musical a lo callejero.

Al teatro Zorrilla —se le conocía como bombonera de la Acera de San Francisco— y ni el de la Comedia, dado de baja hacia 1930, ni el de Pradera le hicieron sombra. En realidad, era nudo, centro de divertimento, atractivo y cómodo, capaz de admitir géneros diversos —zarzuela y comedia, preferentemente— pero, con altura, salvo en días muy especiales en los que imperaba gente joven. Lo que rechazaban en cualquier parte formal era saludado en Zorrilla con alegría. Por ejemplo, en fecha de Santos Inocentes, las compañías de turno representaban gansadas que el público aplaudía hasta con frenesí. La bufonada «Aquí y en Valladolid» contaba con general beneplácito para hacer reír y ¡vaya si lo hacía! Alrededor de 1910 a 1914 —no me atrevo a puntualizar fechas con seguridad— un probable escrito de José Estrañi, ya desde Santander, levantó risas con la siguiente cuarteta y música de «Marina»:

Costas, las de Levante,  
playas, las de Zaratán,  
dichosos, los de Laguna  
que tienen puerto de mar,

aludiendo al charco salado del vecino pueblo que hoy, ya liberado de agua, moscas y mosquitos, prospera casi como jardín veraniego vallisoletano... Zorrilla debió vivir económicamente bien en épocas de favor popular. También entonces, la «bombonera» fue ampliada, aumentando en más de cien butacas y perdiendo belleza. En una noche, los palcos platea —eran de madera pintada de barquillo claro, aplicaciones de oro y almohadillado rojo— desaparecieron con excepción de los proscenios. El negocio debió ser redondo para los empresarios —eran muchos—. Conservo la transformación entre brumas. Aseguró la sociedad para muchos años, quizás, hasta la mayoría de edad del cinematógrafo...

A don Julián debió satisfacerle Valladolid. De ello estoy seguro. Todo lo musical que se cocía en la Catedral de aquí pasaba por su intelecto. En julio de 1922 le nombraron profesor de Armonía de la Escuela de Música y en noviembre de 1923, académico de número de esta Magnífica Corporación. Más méritos, en 1924, funda la Coral y con ella visita media España: Bilbao, Barcelona, Madrid, Salamanca, Zamora y Palencia, además, ¡claro!, los conciertos en Valladolid. Con la Orquesta Sinfónica Nacional, dirigida por el maestro Arbós, obtuvo indiscutibles éxitos y una organización de fuerza, la de la casa Columbia requirió a la Coral vallisoletana para grabación del repertorio, posibilitando el conocimiento de discos con versiones captadas en la región castellana para ser legados a la posteridad. La mayor parte de las «Canciones», originales de García Blanco todavía son interpretadas en solemnidades semifolkloricas en todo el país.

En octubre de 1926 es nombrado director de la Escuela de Música; en 1928, maestro honorario de la Masa Coral de Madrid; en 1929, mediante concurso, profesor de Música de la Universidad de Valladolid, fundando, a renglón seguido los «Coros Juveniles», en seguida famosos por el número de conciertos dispuestos y el público que le siguió; en 1943, en atención a los méritos que le prestigiaban ingresa en la Orden Civil de Alfonso X el Sabio; a finales de 1959, el Ayuntamiento local, unánimemente, le concede la Medalla de la Ciudad, en categoría de plata. El Conservatorio de Valladolid, mediante su influencia y fuerza auténticas logra la transformación en Escuela de Música, de total grandeza, con validez académica en todos sus estudios. En fecha para él muy sonada y para sus amigos —y tenía muchos— 9 de octubre 1947, canónigo de la catedral vallisoletana. Lo había sido todo, presidente, vocal de tribunales para oposiciones, beneficiado de Organista, maestro de Organista en Burgos, León, Palencia, Burgo de Osma, Segovia, etc., además de nuestro templo metropolitano. Su categoría personal la demostraba y la musical religiosa, también, aunque algunas partituras proclamasen muchas



distinciones. La «Gran Misa», a cuatro y seis voces que compuso para la inauguración del templo de la Gran Promesa, así como el popular canto «Cor Jesu Sacratísimun» son notables, además de consideradas como inmersas en ámbitos nacionales.

Comprenderán, fui amigo suyo y desde 1935, vecino. Casi todos los días nos saludábamos en la calle Marina Escobar, camino de «Diario Regional» y, a veces, las parrafadas resultaban largas. Era un enamorado de la música selecta y popular. Puede ser el caso de «Doña Francisquita», de Amadeo Vives, casi maravillosa y, también, allá por 1921 ó 1922 bullía música en todas partes por el escandaloso desastre de Annual de la guerra de Marruecos, concretamente contra Abd-el-Krim como necesidad bélica. A don Julián le entusiasmaba y le sonaba bien el compás de la tropa en el desfile de «Las corsarias», marcha muy brillante, inspiradísima y limpiamente patriótica, interpretada en calles y plazas por la banda militar del regimiento de San Quintín. El rotundo estribillo y el garbo de sus notas enamoraba a la gente que las seguía: «Banderita tú eres roja, — banderita tú eres gualda; — llevas sangre, llevas oro — en el fondo de tu alma. — El día que yo me muera, — si estoy lejos de la Patria — sólo pido que me envuelvan — con la bandera de España». Don Julián quiso complicarme la vida en el divino arte. Para mí, resultaba tarde. ¡Adios, ilustre académico! ¡Adiós, don Julián!

DISCURSO

## SER PERIODISTA

Explicada la tardanza de esta primera visita, ya me encuentro en la Real Academia, precisamente, cuando sus estatutos —una de las veces porque fue bautizada varias— fueron admitidos bajo su realísima protección el 16 de febrero de 1983 hizo doscientos dos años justos. Otra variante que precisa aclaración para mí. ¿Qué razón acudió a la Academia, a ésta, que en lo sucesivo llamaré de mis amores, para atraerme? De momento, no la encuentro, por más que busco, salvo que vuestras usías hayan valorado mi hoja de servicios en cantidades de trabajo en mi favor. Escribir, escribir, escribir mucho más que Alfonso de Madrigal, campeón fértil en producciones, él siempre en latín. Cuando paso —o pasaba— por Avila, saludo reverentemente la escultura de Tostado, abrazando la capa bellísima que le hizo el eximio «sastre» Vasco de la Zarza —por cierto, socio de Alonso Berruguete en el retablo de Olmedo, que admira el mundo en el Museo Nacional de Escultura Policromada— encantado yo, aunque seguro que con mi máquina de escribir o la de algún periódico, la rapidez en la ejecución de mis prosas ganaron en volúmenes —no en valores— los de aquél. ¿Me elegisteis por periodista? No acierto otros méritos. Sí, periodista auténtico, que si no conserva muchos originales, sostiene un arsenal memorístico respetable con anécdotas para enhebrar libros sin descanso.

La elección de mi afán periodístico nació futboleando hasta no sé qué día cambié o me trasladé a otro «negociado» análogo y más completo, redondeando la vocación. Gracias por aceptarme con tal bagaje. Naturalmente, llegar aquí cojeando —en el mejor caso— sin recordar alguno o algunos de los grandes que pasearon su firma o su persona en la sociedad, la literatura, en fin, los periódicos —diarios o no— lo juzgaría traición. Vienen a mi memoria nada menos que

Mariano de Cavia, Francos Rodríguez, Pérez Lugín, Gómez de Baquero —conocido como «Andrenio»— Félix Lorenzo, Ortega y Gasset, Francisco de Cossío y tantos otros como afluyen a este discurso brillaron como artistas con escritos de altura, de envidia, a los que no me puedo acercar de ninguna manera, ni hace falta que lo recuerde. En cambio, pudiera traer a primera plana, queridos amigos, que fueron gente de fila especial en este comulgatorio académico, y rehúso mencionarlos concretamente para no ser reprendido; pero, traer traigo nombres locales bien famosos, fallecidos, por ejemplo, Pepe Vela de la Huerta, Fernando de Lapi, Federico Santander, Francisco de Cossío, Jacinto Altés, Carmona, Ricardo Allué, Antón Casaseca, Santelices, Martín Hernández, Carlos Rodríguez, Salvador Covelo, Eduardo López y Angel de Pablos, todos de «El Norte de Castilla», y, forzosamente, por su categoría no puedo pasar por alto y de cualquier manera la persona extraordinaria que fue Federico Santander, dos veces alcalde de la ciudad, de la que estaba enamorado, primer propagandista del Campo Grande, periodista, profesor de la Universidad, además de director del diario citado, cuya pluma fina y elegante, modelo de virtudes humanas le recuerdo con cariño de discípulo... En el fenómeno periodístico tratado en todos los tiempos por ensayistas de los que acuden a diario al mundo de las ideas como observadores o como espectadores está o estuvo «muy» en lugar destacado don Francisco de Cossío que, acaso, fue una de las plumas, si no la más brillante de España, en su tiempo. La suma de sus ensayos acabó en grato fenómeno literario de fecundidad y estilo. Trataré más adelante de Cossío. Ejemplo como el suyo no abunda, merece insistencia y mayor atención...

En «Diario Regional» cabe considerar los que fueron compañeros y amigos de «El Norte» —enemigos desde los periódicos—, entre ellos, Leandro Pérez, conocido por «Lepe». Gerardo Serrano a quien tuve hombre cerca de lo genial, único para editoriales y consignas como cabe demostrar en cuanto haya de referirse en fechas anteriores a 1962, cuando falleció. Las taquigrafías de la conferencia diaria con Madrid, las sesiones municipales —era estenógrafo del Ayuntamiento, por oposición— y, también, si los personajes tratados gozaron fama fosfórica, Serrano se ingeniaba para que el lector supiera que le servían buen género de información. No firmaba nunca. Este recuerdo conmueve otros tiempos, charlas que sostuve con él a todas horas, comentando situaciones edificantes o todo lo contrario y, en tal caso, con rúbrica de fino y elegante humor, del humor difícil... Todavía más, tengo presentes en la memoria, José María Palacios, Mariano Benito Pardo, Ricardo Martínez, poeta desconocido, éste; y, asimismo Antolín Gutiérrez Cuñado, vallisoletano, de Roales de Campos, sacerdote, que

rezumaba lo profundo del orador sagrado, junto a la alegría jovial, chispa del hombre maltratado por situaciones no provocadas. Cuando salía de viaje dejaba cuartillas sobrantes para cumplir con su sección. Creo, fue en 1939 ó 1940, horas antes de inaugurar la cárcel en un pueblo al sur de Palencia, otro vallisoletano de gran alcurnia espiritual y personal, don Manuel de Castro, arzobispo de Burgos, encargado del acto, recomendó a don Antolín que, desde el púlpito, huyera de halagos y pelotillos. Fue tajante en la advertencia:

—Antolín, ya sabes cómo pienso. El incienso para Dios.

El Dr. Castro, hombre valiente y todo corazón, acertó un pleno en la organización. El que hablaría, casi en su nombre, estuvo bien elegido. Allí no hubo nada de vencedores ni vencidos. El número uno de la población penal era don Julián Besteiro, bien visto por todos los partidos políticos y creador del comité que jugó la carta de la paz. Don Antolín, como quiso el arzobispo burgalés y el periodismo de Valladolid fue aplaudido por todos y su dialéctica luminosa triunfó. Campeó el incienso para Dios y sólo para él, como estuvo planeado.

## VALLADOLID EN CASTILLA

En octubre de 1980, como parece protocolario, anuncié el tema elegido en esta presentación a unos amigos. Trataría de algunos importantes vallisoletanos de nacimiento, razón o afición entre escritores, políticos o personas que lo fueran todo a un tiempo, refiriéndome a lo muy particular de cada uno. Escogí, entre muchos: Manuel Ureña, Gumersindo Marcilla, Domingo Alcalde, González Moral, Emilio Pérez Ferrari, Rafael Ureña, Felipe Sánchez Román —no existe orden en la lista— José Muro, Eustolio Gante, Orodea, Sebastián Salcedo —director que fue de «El Norte de Castilla»—, Demetrio Gutiérrez Cañas —director de «La Crónica Mercantil»—, Germán Gamazo y, cerrando la lista, lo poco que pudiera yo saber del manirroto y fantástico poeta José Zorrilla, y fuera inédito. Algunas semanas después trabajaba en el recuerdo de alguno de ellos cuando amaneció a la publicidad el anuncio de vidas de honorables paisanos. Rompí lo hecho, recompuse el tipo literario y, ¡a empezar de nuevo! ¿Dónde orientar mi propio saludo? Pedí a un par de amigos, críticos de arte, noticias, ayuda y caminos de erudición estética que me sacaran de apuros. Llegaron grandes estudios que duermen en bibliotecas privilegiadas, pero que no son populares y necesitan serlo. Mucha tarea para un viejo. Salí del bache, pasando la esponja sobre un tablero, para mí, imposible y cerrando los ojos a lo enrevesado y, por eso, difícil,

comentaría lo cómodo y conocido, lo vallisoletano puro, donde todo se queda en casa...

Y voy llegando al tema, agarrando al toro por los cuernos. Un gran poeta, apoyado en basamento amplio, un alto político, hombre peleón, acaso buen caballero y, por lo visto, hombre antipático y asaz mujeriego, don Francisco de Quevedo y Villegas, refiriéndose a nuestro país llegó a decir nada menos que esto:

«Entre Castilla y León  
y el noble pueblo andaluz  
llevan la cruz»,

anticipando en más o menos, cuatrocientos años, una previsión insospechada. Aquel señor de gafas gordas vio claramente nacionalidades en todas partes y sentenció a Castilla y León a pena de ruina y despoblado.

Ahora, en línea de franca actualidad, otro poeta y llorado amigo Dionisio Ridruejo, de Burgo de Osma, ignoro si a requerimiento mío, vino a decir que, así como todos los caminos de Europa acaban en Roma, los caminos de Castilla van a parar a Valladolid. Ridruejo, de profundidad filosófica y palabras musicales había entrevisto lo mejor para Soria y su ciudad universitaria que era Valladolid, para él y los castellanos. De entonces a hoy ha llovido bastante. Se cumplió la construcción del canal de Ines —de Ines y no de Inés— y el abastecimiento de agua para «El» Burgo, sueños logrados para el profeta de esta tierra... Quiero creer que Valladolid —estoy absolutamente seguro— se encuentra en vigencia todavía, aunque en periodismo o en zonas de su influencia es posible un descenso evidente por la crisis que está en juego. Al llegar a este extremo, con ilusión y lentitud senecta, abro el estudio un poco más, tratando de salir airoso del voluntario cometido impuesto: sustituir con honor el sillón VI, vacío en esta Real Academia desde los días del ilustrísimo don José García Blanco.

## EJES PROFESIONALES

Periodista es quien tiene por oficio escribir en periódicos, claro, según acabo de leer en un diccionario calificado, si bien, de ahora en adelante descalificaré al autor de la definición por corto y cicatero. Yo desde hace algún tiempo soy periodista. Para concretar, lo soy desde 1919, pero no sólo por oficio, por vocación. En aquel año, tuve el honor de ser recibido por Salvadores —periodista y editor, no el Salvadores futbolista jugador, defensa de los Luises, después médico y

siempre amigo— y me consideré dueño del mundo cuando me sorprendió el nombramiento de corresponsal de «España Sportiva» en mi poder. Opino que mis estudios cedieron mucho después de tan bella conquista. En vez de brillantes notas, amanecieron notables en el mejor de los casos. Sobresalientes, nunca. En cambio, mis telegramas al semanario, sin firma y sin nada, eran jugosos, inteligentes y regalados. Al menos, jamás cobré un duro por mi literatura futbolística.

Confieso, entonces había que hacer muchos méritos, tremendos méritos para figurar con firma en los periódicos. Unos ejemplos como anécdotas serán suficientes para demostrarlo. En 1922 yo tenía la representación de «Jornada Deportiva», de Barcelona, en Valladolid, Creo, pagaban a 2,5 céntimos palabra. Un éxito económico, ¡había dinero!, como en «El Debate», si bien, cabe la sospecha, no parecía demasiado. Nunca cobré cinco duros juntos, en domingos, hartos de trabajar. Contrapartida, años más tarde, sueldo fantástico en 1932 —siempre en Barcelona—, Pepe Trabal, médico amigo mío y jefe de la Izquierda, editor de «Deportes», periódico rosa, me pagaba 300 pesetas mensuales. Después, vuelvo atrás de tan larga y generosa sonrisa, a Valladolid donde supe mantenerme con los ojos bien abiertos —lo confieso ahora— fracasé en mi interés de entrar en «El Norte de Castilla». En principio, allá por los días del citado 1922, su redactor deportivo, gallego fino, Salvador Covelo Pereyra, solicitó mi ayuda como colaborador, gratuito, claro. En 1923 Carlos Rodríguez, redactor-jefe, consciente de los malos ratos que pasaba los lunes consultó con el director, don Ricardo Allué y éste me llamó, prometiéndome entrar en la redacción «para más adelante». Efectivamente, aquel para más adelante, era protocolario. Recuerdo la reseña del encuentro de campeonato Academia de Caballería-Luises o, acaso, el recién nacido Español, fue «servida» a la hora en punto. A las nueve mis cuartillas estuvieron en el taller de «El Norte», rara avis, sin precedentes. Rodríguez Díaz, entusiasmado publicó mi trabajo —no era bueno sino malo— en ¡primera plana y a cinco columnas!, disparate gordo, digno de guardar en el «cajón de sastre» del periodista. Don Ricardo Allué me volvió a llamar en 1924. Por fas o por nefas, estaba visto, yo no pertenecería al diario que amaba. En 1927 murió Allué. Alguien de su familia me regaló el libro que los amigos de Allué le dedicaron con una colección de artículos suyos, señal inequívoca del afecto que le inspiré.

Quiero decir, y digo, lo difícil que resultaba ser de la Prensa diaria. Pude suplir mis deseos periodísticos con corresponsalías en diarios de Barcelona, Madrid, Bilbao y en semanarios deportivos de Vigo, Gijón, Valencia, Alicante, Málaga, Sevilla, etc., cuyos nombres al cabo del tiempo transcurrido —cincuenta años o más— han pasado a la posteridad, y bien que lo siento: «El Balón», «Levante Deportivo», etc.

Hasta 1933 no supe que era triunfo y gozo de un carnet profesional, con cien pesetas de sueldo y, la verdad, por pocos meses. «Excelsior», de Bilbao, pagaba lo mismo y apenas exigía nada. Al llegar a este extremo la gente tenía que echarse las manos a la cabeza al saber que con tan ruines retribuciones era posible mantener periódicos. Pudiera poner a este trabajo ejes profesionales que me sirvieran de apoyo. Los encontré firmes en un aragonés que parecía muy catalán, gran persona, conocidísimo en la grey deportiva: en Isidro Corvinos, fraguado en Barcelona y París, maltratado a veces y elevado al cubo de la popularidad, las más. Le conocí a fondo en Melilla (1926) adonde fue para terminar de cumplir el servicio militar. Le había llovido una denuncia grave de algún «amigo» del escenario de Las Cortes. Corvinos —supongo que ha fallecido, me llevaba media docena de años y yo hace tiempo pasé los ochenta— resultaba gran catedrático en la asignatura de lanzar al aire de la calle diarios bellísimos que se vendían solos. Su paso por «Le Matin» —creo— y, después por «Excelsior» fueron muestras acabadas del buen quehacer de aquel hombre dinámico, sin más tacha que fumar a destajo en pipas de madera de rosal. Su última carta la recibí en 1935, comunicándome la decisión de irse a Chile, de director de «El Mercurio». No he vuelto a saber nada suyo, ni de su guapísima mujer, actora ésta de un papel complicado en la guerra de nervios que nos sirvieron en bandeja los ases o, mejor dicho los admiradores de Zamora, Samitier, Sesúmaga Alcántara, Piera, etc., después de la Olimpiada de Amberes (1920). Aquel aragonés lo sabía todo, además de una pluma fácil y suelta. Su escuela periodística, lejos de ser y pasar ciertas horcas caudinas, pudo y debió acabar toda clase de gramáticas, sin olvidar la más enrevesada: la gramática parda sin cuyo dominio no se puede andar con paso firme, ni en periodismo, ni en nada. Aquella persona, ejemplar periodista, fue un maestro; soñaba grandezas a todas horas y me lo demostraría como director de «Excelsior». Pertenece al escalafón de los mejores, de los selectos. Corvinos era director nato y con él, los «músicos» tocaban solos.

¿Dónde se aprende bien la profesión? Quien lo sepa que alce un dedo. Hubo academias, pero que alguien calificado responda y diga quién fue maestro de Francos Rodríguez o de Francisco de Cossío y en qué libros obtuvieron mayor aprovechamiento. Es posible creer en escuelas de aprendizaje, aunque sospecho que sólo las facultades de tan múltiple y varia diversidad en disciplinas logren lo propuesto en su grave programa. La escuela de «El Debate» mantuvo durante años una especial teoría de trabajo, con resultados apetecibles, capacitando gentes de categoría en la redacción de editoriales —tres artículos de fondo salían de aquellas plumas bien cortadas, escogiendo el que consideran mejor. De tal escolanía nacieron alumnos que fueron matrículas de



honor en el arte de escribir discurriendo. De Valladolid conocí varias personas destacadas y, una, antigua con quien estudié Bachillerato: Tomás Cerro Corrochano, más que estudioso, empollón, además buen amigo y... nervio de la escuela «Debate». La mayor parte de los fondos nacían de su cabeza. En la década del 40 fue director general de Prensa.

Casi —o sin casi— siento urgencia de incluir en este relato, a Ignacio Valverde Mucientes, director que fue de «Diario Regional» (1935-39), nacido aquí y muerto, prematuramente, en Madrid, acaso trabajando demasiado en la agencia «Efe». También de la misma escuela dirigió «Diario Regional» un gran periodista, Manuel Santaella...

Ahora, una pequeña dedicación a la holganza y a la antigua asociación que, de momento, parece muerta de risa, ya que no de tristeza. Me dicen que ya no existe la Fiesta de la Prensa. Me dicen la verdad. Ni en la Pérgola del Campo Grande, ni en el patio de butacas del teatro Calderón de la Barca, ni en la plaza de toros se divierten asistiendo a la Corrida Castellana. Hace mucho tiempo o, por lo menos, bastante resultaba simpático y en qué forma agradecer el alcance económico de estas fiestas y en una sola noche recaudar asistencias y afrontarlas cómodamente en medio de gran alegría. Contribuía todo Valladolid, sin excepciones y con cariño. En las vísperas nos llenaban de regalos las redacciones y las listas publicadas eran interminables. Todos los asistentes al acto organizado recibían obsequios, más o menos modestos —perfumes, flores, siempre algo digno— y durante alguna pausa sacábamos a subasta regalos importantes que por pujas a la llana eran adjudicados al mejor postor. Otros regalos eran sorteados mediante rifas. En una ocasión rifamos un automóvil y fue agraciado un profesor de la Facultad de Medicina con él. Entonces, la Asociación de la Prensa vivía bien. Hoy los centros que pasan por pudientes parece que ya no lo son cuando no regalan ni una lata. El empresario de toros —recordemos a Eduardo Pagés— al terminar la feria nos regalaba lo que no está escrito, exageradamente a los favores recibidos y eran los redactores taurinos Mariano Benito, «El de Tanda» y Luis G. Armero quienes entregaban a la directiva el regalo empresarial, sin saber lo que era fumar un puro de los toreros.

Cambiaron las mancras y los modos de agradecer a los periodistas lo que nosotros, silenciosamente, solemos hacer por la Ciudad en cuanto podemos no sólo por obligación, sino porque la frialdad o la resistencia pasiva no la conocemos. Por el contrario, en momento difícil, cuando era preciso dar el pecho, el periodista se jugaba la vida a cara o cruz a cambio de nada... En fin, en este momento de vacas delgadísimas, cuando la caja de la Asociación no tiene un real, ni es capaz de asistir a un periodista caído, lo único que cabe es recordar los

días de euforia y aguantar. Pedir, nunca, no hemos nacido para pedigüños.

## CIUDAD DE PERIODICOS

A principios de siglo, un periódico costaba cinco céntimos y en la época a que refiero, sólo diez. A pesar del precio ínfimo, apenas daba quiebra alguno y sepan los existentes entonces en este solar. EL NORTE DE CASTILLA, que vivía en Duque de la Victoria, 31; EL PORVENIR, Montero Calvo, 4 y 6 bajo, junto a una chocolatería, empeñada en ganar dinero haciendo «soconuscos» de encargo; la ventana que daba a la calle jamás faltaban chicos a gozar del olor; DIARIO REGIONAL, Santiago, 86, al final de la calle; BOLETIN OFICIAL DE LA PROVINCIA, en el edificio de la Diputación o viejo palacio del conde de Ribadeo; REVISTA MERCANTIL, en Miguel Iscar, F principal. Era semanal el socialista ¡ADELANTE! ¿Por qué no reaparece ahora diario? Pudiera ser su momento. En fin... Más semanarios, EL GANSO, estudiantil de los pies a la cabeza. Allá, acaso, entre 1918 a 1920 era un bombón, se vendía bien. Temas casi únicos: leña y escritos de extraño gusto contra el profesorado, unas gotas de política izquierdista y zumbona y muchas más todavía de literatura amorosa. El director era Astruga, estudiante viejo, una especie de rey, respetadísimo, sentado en su trono de un sórdido segundo piso de la plaza del Ocho, asomado, también a Platerías, encima del comercio de Fando Loras, de Los Catalanes, mucho más tarde. Asimismo, PLUMA Y LAPIZ, absolutamente taurino, editado por «Fray Gafitas». Insuflaba vida a la publicación un buen periodista que habría de echar raíces en EL NORTE, Emilio Cerrillo. Actualmente vive retirado, gozando una jubilación dorada. Enhorabuena. Sigo. Aparecía cada diez días EL GORDO, preocupado en publicar correctamente los números premiados en la Lotería Nacional. Periódicos quincenales había un montón, así como mensuales, bimensuales y trimestrales. EL PARDILLO era casi un festejo de San Mateo. Aparecía, claro, en septiembre, diez días al año... Todos juntos no componían negocio, pero sí una piña superior a treinta y tantos, con repercusión en puestos de trabajo, dignos de mención y atención.

La aparición de la radio hizo que la frescura de la noticia llegase antes a los periódicos y, a veces, con velocidad superior a las estaciones televisoras. «Con velocidad de rayo — las noticias han venido — ¿Quién sabe si con el tiempo — vendrán con el rayo mismo?», escribiría Lope de Vega, predictor calificado. El comentarista de Prensa va ganando en importancia y ayuda a formar juicio de las informaciones, creando el

diario moderno; sin embargo, ¿es negocio un periódico cargado de páginas, que antes costaba cinco céntimos y, ahora, nada menos que diez duros, es decir, mil veces más. Produce disgusto considerarlo. Con todo el poder en manos del editor, éste no puede resolver su gran problema de perder dinero, esto es, no ha podido resurgir con las mejores ideas o los mejores programas. En los últimos años han caído fulminados muchos diarios, sin opción a reaparecer o sin dinero para afrontar el precio, de los jornales, el precio del papel, que viene a ser lo mismo.

Recordaré, con la Prensa local, la de Madrid, que llegaba por la tarde en el «tren papelerero», hacia las cinco y media. En él venían «La Correspondencia de España», «El Imparcial», «El Liberal», «El Debate», «El Socialista», «El Sol» «A B C» y no sé si alguno más. Los diarios madrileños de la noche se recibían con buena acogida, por la mañana, relativamente pronto: «La Voz», «Heraldo de Madrid», «Informaciones» no recuerdo otro u otros. Valladolid era o es gran plaza de periódicos diarios. También, de semanarios lujosos, de mucho rumbo, aunque analizando con sosiego, salvo unos pocos, poquísimos, casi todos viven en precario, que no es vivir. No son exclusivamente razones económicas las que gravitan sobre la vida periodística, sino otras tan graves como aquéllas —y serían suficientes— la falta de afición que fomenta aumentos absurdos, imposiblemente superados. Los que valoran el trabajo de Prensa, mercenariamente, a tanto la hora y alcanzan sueldos bárbaros, resultan enemigos de la profesión de la que han hecho oficio, a secas. ¿Un caso ejemplar? Caben muchos, si bien uno singular lo recojo de una noche aciaga de 1934, en época republicana, haciendo abstracción de creencias políticas. Un periodista de «Diario Regional», llevado del cariño que sentía por éste —dirán que estoy chocheando, con razón— fue capaz de discurrir y desarrollar trece artículos de campanillas en una sentada. Claro es, entonces existía fuerza y el redactor pródigo en entregar originales, se moviera pensando en el lema de «Dios, Patria y Rey», que figuraba en la cabeza del diario de sus cariños, pero no resultaba fácil alcanzar tal récord. Estoy seguro, me tacharán de antipesetero vuestras usías. No diré quién fue aquel importante profesional que sentó plaza de cuartillas garbosas, jugosas como las que pasaron al dominio de las linotipias, aunque me ratifico de la veracidad de tales escritos... Años antes, durante la Dictadura, un maestro de maestros en nuestro quehacer, Francisco de Cossío, ofreció al país uno de los ensayos más famosos que salieron de su pluma: «Cazadores de gorras», con premio integral en intención política, agudeza y homenaje nacional de gentes con ideas literarias. Don Paco alcanzó el tremendo «galardón» de un viaje gratuito a una de las islas Chafarinas, confinado en ella. Sí, aquéllo que

todavía enorgullece es ejemplar modélico de los que ya no se prodigan. Repito, falta afición. Cossío —limpio profesional— se portaba como amateur, ganando récords a todas horas.

Puedo equivocarme y lo celebraría. Lo regular era que los llamados «chicos de la Prensa» tuviéramos dos o tres ocupaciones con las que vivir honorablemente. Una, eje principal, proveniente de oposiciones, que servíamos por las mañanas, de ocho a catorce o quince horas. Otra, que empezaba después de almorzar y acababa de noche o de madrugada. Un funcionario estatal, sin desdoro, estaba capacitado para asistir a lo exigible en su ministerio, que compatibilizaba con un trabajo alegre y risueño del periodismo. Así se movían los «satélites» —redactores— atentos a su ocupación, de la que se responsabilizaban con todas las consecuencias. El encargado de la sección taurina podía ser secretario técnico de un instituto o jefe de negociado, con toda la barba o sin ella. El hombre de los deportes, a costa de no gozar vacaciones de verano, metido en Obras Públicas hacía posible un encuentro de fútbol con el estudio taquimétrico de una zona regable o el plano y sus resultantes para el abastecimiento de agua de una población cualquiera o conocer el alcance del saneamiento de tal o cual lugar. Un profesor de algo podía asistir a sus clases y en la jornada vespertina asistir en el Ayuntamiento a despachar con la primera autoridad de la ciudad. También, atender a cuanto se urdía en las Diputaciones Provinciales y hasta cumplir en Gobiernos Civiles, especialmente cuando no era grave estar al tanto de cuanto acontecía políticamente, asimismo en lo policial. El contacto con lo religioso solía llevarlo un sacerdote, como el sacristán de la Catedral. Había colaboradores que solían lucirse cultivando desde fuera, las Bellas Artes, particularmente la Música. Las cuestiones de nervio eran exclusivas del director o el redactor-jefe. El personaje simpático de talleres, también gozaba de doble empleo, «Manolete», superaficionado a los toros, como parecía lógico, regentaba su propia imprenta. Conocí otro hombre de talleres, despierto, chistoso, menudo y católico, conocido con sobrenombre de «Obispín» a la hora de chatear, que en este oficio resultaba frecuente para descansar de las siete u ocho horas de permanecer sentado.

¿Defiendo lo indefendible? En menos de una docena de años, el mundo ha saltado de algo a lo inexplicable. Escribiría el mago Ortega y Gasset que «acaso tenga un fondo de verdad o un excelente sentido desde la actitud más perfecta decir que el hombre culto conserve vivaz cierto fondo de barbarie como es, sin duda lo mejor que el hombre maduro mantenía perviviente en su persona cierto manantial de juventud y aun de niñez. Todo el que ha conocido algún grande hombre se ha sorprendido de hallar que su alma poseía un halo de puerilidad.

El progreso no consiste en aniquilar hoy el ayer, sino al revés, en conservar aquélla esencia del ayer que tuvo la virtud de crear ese hoy mejor. Esa mensurada defensa de la barbarie podrá juzgarse paradoja, pero, es verdad simplicísima tan clara como humilde». No veo la salida de este gran bache. Probablemente, algo tan morrocotudo como elevar el precio de las patatas a cinco duros kilogramo y más, ha sido vender periódicos de cinco céntimos de base a cincuenta pesetas, casi en unos días o, sin exageración, relativamente en medio siglo, disparate mantenido por gente inteligente, matando de golpe la esencia del ayer, sin acordarse del mañana, que tampoco sospechó Ortega, nieto vallisoletano «del» Ortega Zapata. Por lo visto, me permito defender la barbarie, verdad simple, clara y humilde. Han matado o hemos matado gallinas de huevos de cobre, lejísimas las de huevos de plata u oro, exclusivas de clientes ricos éstas, hundiendo maneras de defensa vital, de la que se olvidaron casi todos, so pena de ser sus víctimas.

### ¿PERIODICOS MAS PEQUEÑOS?

Espero —pensando en ese mañana soñado— que los grandes diarios dejen de ser menos grandes y reaparezcan diarios más chicos. ¿Por qué? En vez de elaborar periódicos que por su volumen parezcan libros hagamos periódicos que sean hojas volanderas simpáticas y baratas, en cuanto sea posible que conserven el halo de puerilidad, de virtud de crear la esencia del ayer. Mientras llega todo eso —a lo mejor no llega nunca—, felicito a la legión periodista y al público que se beneficia con tan eximias informaciones. Opino que nada mejor que así, con tal conformidad, vivamos contentos de lo que nos sirven, mientras no se demuestre lo contrario... Al final de discurrir entre nieblas, repasando parte de la obra del Prof. Celso Almuíña, «La Prensa vallisoletana durante el siglo XIX», admirable y avalada por un «recreo» estadístico, cerca de lo insuperable, encuentro que en 1886 —probablemente— a 1890 editaban aquí, los jueves, el semanario LA LEALTAD, con una redacción importante y trabajadora y cuasi profesional —figuraba en ella el joven Santiago Alba— y una lista de colaboradores que no dudo calificar de grandiosa y renuncio a reproducir completa por no cansarles: José Zorrilla, Leopoldo Cano, Núñez de Arce, Emilio Pérez Ferrari, Estrañi, Rodao, Martín Fernández, Pascual Laza, Anselmo Guerra, Francisco Zarandona, Segundo Cernuda, Darío Velao, Eduardo Orbaneja, Carlos Miranda, Ruiz Descalzo, y, así, hasta treinta y tantos más, aparte tres periodistas del género femenino: Carolina Valencia, Luisa P. Prada e Isabel Aguilar. ¿Cuánto costaba un número de LA LEALTAD? Veinticinco céntimos, de manera que nuestros

antepasados profetizaron la presente actualidad y en carestía se anticiparon. Están en el hoy y, como siempre, ya viven el mañana. Calculen el precio o el volumen de un periódico como la tirada de un libro de 450 páginas y obtendrán la solución, sin reflexionar más, ni someterse a pesquisiciones rigurosas.

## VAIVENES NACIONALES

Este era o pudo ser cercano al tema general del discurso de mi presentación que, más bien, ha sido relato sincero y alegre de una especie de ensalada, paella o —ahora que lo vasco está en boga— porrusalda que engloba mi dilatada vida periodista con el añadido biográfico de don Julián García Blanco. Mirando atrás, ¡cuánta distancia en pareceres y opiniones! España pasó del frío al fuego demasiadas veces. De aquella Dictadura, que fue Dictablanda —según qué ojos— no hubo más que estupendos éxitos. Jamás se registró en el país mayor triunfo económico que el registrado en agosto de 1926. La huelga inglesa hizo temblar los precios y, entonces, descendió la libra a 24,50 pesetas, arrastrando las monedas de otros pueblos, como Francia: a 13 céntimos se llegó a cotizar el franco. En Melilla, yo mismo, que no era comerciante, llegué a comprar una caja de vermouth por menos de catorce pesetas (doce botellas). Después, la República llegó por cuenta de un régimen que quiso suicidarse. Apareció con fuerza la democracia de un viejo republicano, Lerroux, y con él, muchos socialistas, algunos de guante blanco. De los Ríos, Besteiro, etc., y otros de guante menos blanco, Prieto, Largo Caballero, etc. Todo aquéllo apareció asimismo en Valladolid, cuyos socialistas fueron mayoría en el Ayuntamiento. En 1934, Jesús Rivero y yo —teníamos un semanario llamado «Olimpya», deportivo— dispusimos una entrevista con el alcalde Quintana y éste, hombre cordial siempre, dijo sí a nuestro propósito. Como tradujo las notas Rivero, la realidad resultó un artículo excelente, pero gongorino. No recuerdo más, si bien creo que acabó en avance simpático del programa municipal, captando opiniones que hacía falta. De Quintana —no es la primera vez que trato de él— sé decir que me distinguió y, en ocasiones, pudo consultarme pequeños asuntos, encomendarme cuestiones gratas a mi modesta persona. Un día se quejó del «censo» que pesaba sobre sí en frecuentes limosnas, en las que era pródigo y generoso, sin poder, ésta es la verdad:

—¡Qué renta, Calabria! Hoy llevo gastadas veinte pesetas, invertidas en dádivas. Primero, una familia muy pobre. Después, las monjas que usted ha visto —me dijo al tiempo de confiarme la adquisición de un regalo para los aviadores que participaban en la Vuelta Aérea a

España. Quintana era hombre honrado, trabajador, sencillamente serio. Me satisface recordarle. No hace demasiado tiempo, he visto un cabal retrato suyo en esmalte admirable, hecho por aquellos artistas vallisoletanos, que residieron en Vigo; los hermanos Hernández. Quintana, en fin, pese a su limpia modestia, era un grande, mal conocido, sin darse importancia.

Unas líneas más, anecdóticas del republicanismo imperante, adscrito a la situación. Aunque distinto, Federico Landrove Moíño —gallego con mucha categoría— se distinguía en resultar antipático a la fuerza y demasiado soberbio. Había pasado por la Alcaldía, con singular beneplácito y rectitud ejemplar, llegando a subsecretario de Instrucción Pública. De carácter duro en demasía —impolítico— no aguantó las cacicadas del ministro y, sin pensarlo nada, en un momento de arrebató —me lo contó su hijo— le tiró la mesa de despacho a los pies y volvió a Valladolid a seguir dando clases de Matemáticas, de la Escuela Normal de Maestros, en la que era profesor. Abominó de la política se dedicó a pasear por el Prado de la Magdalena y el camino del Cementerio, leyendo a Santa Teresa de Jesús o, no lo sé bien, a Sor María de Agreda... No es éste caso de análisis y estudio de otras personas regentes en el Ayuntamiento de Valladolid. En primer plano, también cabe destacar a Mariano de los Cobos Mateo, pletórico en categoría, como catedrático de esta Escuela de Comercio. Murió en Salamanca. «Más» socialistas y como buscando parecido con Pablo Iglesias, no hay duda, el impresor Remigio Cabello. Está enterrado aquí. Conservo nombres, hombres y hechos de los que no olvido las orillas dispares que, entonces, militó Oscar Pérez Solís. Con aquellas personas nos saludábamos a diario en las redacciones de los periódicos.

La convulsión de 1936 cambió modas y modos, recogiendo velas en una embarcación zozobranante. Seguidamente, vida severa en la que sería preocupante, de lejos, el problema de los precios. Treinta años más tarde tuve ocasión de saludar al ministro de Obras Públicas y la aproveché, explicándole lo mal que vivíamos sin mover durante quince años unos sueldos que parecían, estaban, y eran ridículos, muy vestidos de corto; pero, ¿a qué aclarar lo que está claro, como el agua limpia? Los periodistas, notarios de la actualidad, ha dicho no sé quién, guardan testimonios fehacientes que mañana podrán ser históricos, de manera que el recuerdo que ellos —nosotros— mantengan vivo en el transcurso del tiempo podrán ser maestrías en el relato. ¿Sigo? ¿Quiéren que proclame que todavía no hace mucho el hombre de la calle parecía vestido de azul como ahora parece vestido de rojo?...

Voy acercándome al final, pero no sin hacer una distinción —además de la consignada al principal de este discurso— recordando que cuento con tres periodistas, académicos y poetas a los que ahora en

adelante podré consultar —poco podrá ser—: Nicomedes Sanz y Ruiz de la Peña —gran presidente—, Francisco J. Martín Abril y Antonio Corral Castanedo; gracias anticipadas. ¡Ah! y se me olvidaba, pero ¿puedo olvidar veintiún años de periodismo azul? Mi paso —más bien, estancia— por «Libertad» ha coincidido con mis mejores días literarios. En aquel periódico —que en paz descanse— viví a gusto, trabajando mucho, eso sí, pero tranquilo, sin molestias y quiero creer, alegremente. Pudiera recordar periodistas suyos, amigos, si bien prefiero silenciar tantos como conocí allí y, ¡la verdad!, les llevo prendidos en el corazón.

Nada más. Apenas he descargado parte de mi anecdotario —casi, mi vida o la de otros periodistas, análoga a la mía— por senda muy conocida, recomponiendo pequeños sucesos —también les hubo grandes— de los que fui protagonista, escapando de ellos o asistiendo a ellos, según casos y circunstancias. El título del presente trabajo o de este discurso mal compuesto pudiera ser **MAS DE MEDIO SIGLO DE PERIODISTAS Y PERIODICOS VALLISOLETANOS** por lo que tiene de expresión abierta y, creo, ejemplar, en existencias trabajadoras, cumpliendo seriamente un afán de vocación, mínimo orgullo que sigue alimentando nuestras vidas.

He dicho.



DISCURSO DE CONTESTACION  
POR EL ILUSTRISIMO SEÑOR  
DON ANTONIO CORRAL CASTANEDO  
ACADEMICO DE NUMERO

Señores académicos:

Ingresa hoy, en esta Real Academia de Bellas Artes de la Purísima Concepción, un vallisoletano de siempre y para siempre. Un vallisoletano que, día a día, ha vivido la ciudad, en profundidad y en curiosidad, caminando hacia el pasado en busca de sus raíces y de sus ramas; en busca de su pequeña historia que es, en definitiva, la que va tejiendo y a veces destejiendo, hora a hora, acontecimiento a acontecimiento, monotonía a monotonía, la definitiva historia grande. Un vallisoletano siempre preocupado por capturar y analizar ese vivir y ese desvivir que, en el pasado, en el presente y hacia el futuro, han ido configurando, explicando y perfilando, el carácter, la fisonomía, el estilo y hasta el humor —yo no sé bien si bueno o malo, pero con frecuencia desconcertante— de nuestra ciudad.

Luis Calabia Ibáñez ha dado cobijo a Valladolid, en todo momento, dentro de su corazón muy lleno y palpitante de afanes, de adivinaciones y de generosidades; muy sabio en sentimientos, noblemente apasionados, a veces; muy recamado de sensibles y de sutiles saberes.

Luis Calabia, nació en el corazón de la ciudad, a la vera de la Universidad, nada menos que en un rincón de las Cabañuelas. Y fue bautizado —¡ahí es nada!— en la iglesia de Nuestra Señora de la Antigua. Posiblemente la iglesia más vallisoletana de todas. Una iglesia cuya torre —casi de espíritu, casi de transparente aire quieto, casi de piedra en fuga o de pálido junco enamorado— dijérase modelada y afilada por esas nieblas que tan sólo son capaces de inventar, con su respiración y en sus diálogos de silencio, las aguas del Pisuegra y de la Esgueva. Aguas que no van a dar a la mar, que es el morir, sino que, a través del Duero, se van quedando por entre estas tierras nuestras que, aunque en sufrimiento, son un bello y elegante vivir. Nieblas vallisoletanas que todo lo ocultan para que, al romper o al diluirse, la luz surja más nueva que nunca y para que las fachadas y los sonidos, el

caminar de las realidades y el suspirar de los recuerdos —sombras estremecidas de claridad, claridades estremecidas de sombras— permanezcan, bien burilados sobre las tardes de paseo, con vigor y precisión de buen aguafuerte.

Con Luis Calabria, ingresa hoy en esta Real Academia el periodismo. Ingresa quien, desde su talante de hombre sincero —de hombre poco amigo de ambigüedades, de hombre claro, desbordante de humanidad— eligió ese bello y difícil oficio del periodismo; esa comprometida y hasta arriesgada profesión, especialmente cuando, como en su caso, se escribe siempre desde la verdad y en busca de la verdad. Se hizo Calabria periodista en sus años adolescentes, movido o acuciado por una vocación, atraído y llamado por la nobleza de unos afanes que en él se encendieron para no apagarse ya nunca y para iluminarnos en todo momento, en cualquier circunstancia, en medio de muchas dificultades y avatares. Se inició en el periodismo allá cuando este nuestro siglo, ya ochentón y tan lleno de achaques —que tantas modernidades, y sean bienvenidas, ha alumbrado, pero que tantos valores imprescindibles parece empeñado en arrinconar y en erosionar— estrenaba una adolescencia optimista, recién superada una guerra mundial que, ingenuamente, pensaba que iba a ser la última.

Mientras nuestro siglo va envejeciendo, Luis Calabria, que casi va con el siglo —ya que nació un 27 de abril de 1903— conserva, desde la colina de sus años, desde el Cerro de San Cristóbal de sus años, la mente despierta, la emoción en madrugada y esa inteligencia que hace a los hombres tolerantes y comprensivos, permitiéndoles contemplar todo desde la serenidad. Y desde los viajes que, como Xavier de Maistre, realiza alrededor de su cuarto, continúa viajando alrededor de nuestra sociedad y de nuestro mundo en problemática.

Luis Calabria ha recorrido en el periodismo todos los campos. Ha desarrollado y cincelado todas sus facetas, con esa entrega, con esa devoción, con ese amor, que es tan imprescindible volcar sobre cualquier hacer, hasta en el más mínimo en apariencia, para que adquiriera un halo de interés y de trascendencia.

Empezó Calabria en el periodismo, como él afirma, futboleando. Y en las hemerotecas, en los periódicos locales y nacionales, en numerosas revistas deportivas, pueden encontrarse sus crónicas, sus comentarios directos, narradores de la noticia, disccionadores de la noticia. Son escritos de gran rigor informativo, pero a la vez enriquecidos por juicios y puntos de vista, arrojados en una literatura diáfana. Siempre caracterizada, como su obra toda, por unos oportunos toques de ironía, de cultura, de humanidad y de humor.

Para los buenos profesionales, para los buenos escritores, no

existen en el periodismo, cotos o compartimentos. Para la habilidad y la maestría de los grandes periodistas —y Luis Calabia es uno de ellos— cualquier sección, cualquier parcela del periódico, pueden servir de pretexto para realizar incursiones en la noticia siempre vigente, siempre en carne viva, en alma viva, del hombre, de la sociedad, de la vida real, o de la realidad —en ocasiones un sueño con pesadillas— de la existencia.

Y una crónica de fútbol puede llevar dentro unas pinceladas costumbristas. Y el Arte, con mayúscula y en toda su dimensión, puede surgir, tratado con la gracia de una media crónica, en la reseña sobre una corrida de toros. La Historia puede ondear levemente, casi imperceptiblemente, analizada y valorada en los folios mecanografiados por un cronista municipal. Un suceso político puede ser una secuencia más, sin desvirtuar el tema, al comentar una película. Redactando una necrología cabe hacer un repaso de urgencia, pero definitivo, a toda una época. Es decir, que los grandes temas, las grandes noticias que siempre están sucediendo —y que, aunque de siempre y viejas, son actuales, porque jamás pierden actualidad: el orgullo, la paz, la libertad, la ambición, el dolor, las vulgares miserias que todos rezumamos, el miedo a la vida y el miedo a la muerte, las esperanzas en agonía y las desesperanzas convaleciendo esperanzadas hacia la ilusión— pueden engarzarse sutilmente, delicadamente, en cualquier recuadro, en cualquier plana del periódico... Lo mismo al concretar la clasificación de una carrera ciclista, que en un editorial en el que se hable de las elecciones o de ese candidato que, pese a todo, triunfa siempre, y que se llama la Primavera. Lo mismo al divagar en torno a la lotería, que al opinar sobre la interpretación de unos actores en una crítica teatral, ya se refiera a un vodevil o a una tragedia.

Luis Calabia, que al mediar el bachillerato se hiciera maestro Nacional, aun cuando nunca diera clases en ninguna escuela, ha sido maestro de muchas cosas y de ellas nos ha dado clase a todos. A la vez que periodista y escritor, desde el año 1928 perteneció a la Confederación Hidrográfica del Duero. Y a la Confederación, y en las numerosas obras en las que actuó y participó, aportó sus conocimientos técnicos, siempre engrandecidos por una preocupación artística y estética, tan imprescindible para elevar y desmaterializar la tecnología. Así sus actuaciones en la construcción del pantano de la Cuerda del Pozo, sus estudios sobre las zonas regables de numerosos canales de la cuenca y en más de trescientas construcciones y desarrollos de saneamientos y abastecimientos de agua.

Ahí están sus colaboraciones en *La Vanguardia*, de Barcelona, en *La Hoja del Lunes*, de Madrid, y en tantas publicaciones de solera y de prestigio. En Valladolid, nuestro recipiendario —palabra ésta de fuerte

contenido gramatical e indumentaria antipática, como con gracia la adjetiva— ha sido testigo, contemplador y espoleador, desde las más diversas atalayas, del acontecer de nuestra ciudad; acontecer frecuentemente sacudido por acontecimientos que fuera saltaban o que de fuera llegaban. Desde Diario Regional. Desde Libertad, durante veintiún años, a los que Calabia denomina «azules» y a los que tan elegantemente recuerda, en estos años nuestros de ahora, descoloridos o con colores sospechosos, puestos por cada cual a su conveniencia; y en los que, con tan poca elegancia, por muchos todo se olvida. También desde El Norte de Castilla, en donde colaboró accidentalmente y a cuya plantilla nunca llegó a pertenecer; y eso que se perdió El Norte...

Entre todas sus múltiples actividades como periodista yo quiero fijarme en dos de ellas. Quiero aludir a su labor como comentarista de Arte y también a su labor como cronista de Valladolid, que fue reconocida por el Ayuntamiento al designarle en 1974 Cronista Oficial de la Ciudad.

Por los años cuarenta y cincuenta algunas galerías empezaban a abrir tímidamente, y con cierta inseguridad, sus salas. Los artistas comenzaban a mostrar su obra. Y en Valladolid el arte se exponía con cierta frecuencia. Años de la sala del Colegio de Santa Cruz, del rincón de la librería Meseta, del hueco acondicionado a veces entre sus muebles por Galerías Aspa. Eliseo Simón, desde la calle del Conde Ansúrez, iniciaba su singladura tan valiosa y entusiasta, y nunca abandonada, de merchante y promotor. Y las Cajas de Ahorro empezaban a acoger, entre el prosaísmo de cuentas y de cartillas, las creaciones artísticas, para enseñárselas a la ciudad.

Luis Calabia, que había estudiado en la Escuela de Artes y Oficios teniendo como profesores de Dibujo y de Escultura a Luciano Sánchez Santarén y a Ramón Núñez, fue amigo de Anselmo Miguel Nieto, de García Benito, de Arteta, de García Lesmes, de Castro Cires, de Morales, de Sinfioriano de Toro y de tantos otros. También trabajó, dialogó y discutió alegremente, como él dice, con profesores e investigadores de la talla de Agapito y Revilla, García Chico, Azcárate, Martín González, Villanueva, Gallego, Camón Aznar y muchos más. Miembro fundador de la Asociación de Críticos de Arte. Con ello quiero demostrar que su formación y su talla, en este campo, son indiscutibles. Y Calabia, en una misión a la que se entregaría entusiasmadamente, inició sus comentarios, sus críticas que siempre fueron orientadoras, alentadoras, justas y subjetivamente apasionadas. Algo esto último que Baudelaire, consideraba indispensable en todo escrito sobre Arte. Por que, quien sobre Arte escribe, lo hace desde su personalidad y desde su sensibilidad. Y esa sensibilidad y esa personalidad es inevitable que estén presentes en los escritos. Deben estarlo.

Alentó vocaciones. Descubrió calidades y cualidades, para pregonarlas y para estimular a quienes las poseían. Orientó a quienes al Arte se dedicaban y también a los contempladores que hasta el Arte se acercaban. Yo quiero afirmar aquí que el Arte en Valladolid, muchos artistas de Valladolid o que a Valladolid llegaban, el auge que fueron adquiriendo las galerías, son deudores de Luis Calabia. ¡Vamos a ser de una vez justos! Y es que Calabia durante muchos años de entrega a ese menester tan noble, tan necesario y, con frecuencia, tan denostado de la crítica —que conlleva un acto generoso, cual es el de ocuparse de los demás, el de servir de eco, para que las voces puedan sentirse vivas y escucharse a sí mismas— fue, y empleo un término ahora muy utilizado, el verdadero animador, promotor, seguidor y clarificador del Arte en nuestra ciudad.

Cuando yo me asomé a ese mundo de la crítica, desde el Norte de Castilla, coincidía muchas veces con Luis Calabia en las salas de exposiciones. Y de él aprendí mucho y para mí suponía siempre una lección el escuchar, antes de que les escribiera, sus juicios exactos, adivinadores, proféticos y certeros. Y todo a media voz, sin ninguna actitud doctoral, humildemente; como si fuera un aficionado atrevido, él que era un entendido y un maestro.

El Arte, como una de sus devociones más querida, sin duda. Un Arte al que se ha acercado siempre, en sus crónicas de exposiciones, en sus trabajos de investigación o en sus ensayos, con curiosidad de erudito. Erudito que nunca ha desdeñado los datos y las fechas, pero utilizándoles para exponer, como sin darlo importancia, toda una filosofía, toda una visión estética, todo un análisis en hondura y en divagación, sobre la influencia del arte en la vida y de la vida en el arte.

En su biografía de José Martí y Monsó, se encuentran encerradas muchas horas de investigación, necesarias para fundamentar sus datos, sus juicios y sus impresiones. Calabia, a través de la figura de ese hombre excepcional, perfila la biografía de nuestra ciudad, llevándonos al conocimiento de su ambiente artístico, de los artistas que entonces bulleron. Plasmando, en definitiva, la panorámica del Arte en Valladolid, a ritmo de amenidad y de rigor, durante unas décadas muy fundamentales para entender lo que nuestra ciudad fue, y lo que después ha sido, en ese campo.

En esta biografía, como en su libro «Valladolid, Ciudad» o como en ese otro sobre los «Vinos de Valladolid» —al igual que en todos sus escritos, que esperan la recopilación para convertirse en libro— Luis Calabia lo que ha ido creando han sido papeletas para la historia de Valladolid, estudios histórico-artísticos en la línea de los de Monsó, capítulos para una miscelánea vallisoletana, como aquella que firmara Narciso Alonso Cortés. Y, en todo momento, en cualquier folio, un

trasfondo de labor investigadora, un ritmo de amenidad, un desgranar de anécdotas y de curiosidades; encontrando siempre, en ellas, puntos de referencia, justificaciones, fundamentos en los que sustentar un rigor científico e histórico. Rigor que nos llega muy directamente, disimulando erudiciones, con la gracia de la claridad, con la claridad de la gracia.

Sería interminable el hacer una referencia, aun en aproximación, a todos los temas, tan diversos, por Luis Calabia tratados y estudiados. Pero sirvan de ejemplo, para que recapacitemos sobre su amplio espectro, algunos de ellos: esta Academia nuestra, que se enorgullece de contarle entre sus miembros, «La Sociedad Castellana de Excursiones», «El arquitecto Torres», «El himno de Valladolid», «El pasaje de Gutiérrez», «Don Rafael de Floranes, vallisoletano de razón», «Así fue creado el Real Valladolid», «El último torreón de la muralla», «Posadas y carruajes», «Un nuevo Goya en Valladolid», «El ferrocarril de Ariza», «Veraneos en el Pinar», «Los retablos fingidos de Diego Valentín Díaz», «Turismo vallisoletano», «Berruguete, cosechero y tabernero», sus «Historias, artes y chismes sobre el vino vallisoletano», o sus aportaciones a la solución de incógnitas tan populares como «De Valladolid y pintor» o sobre el origen del término «Pucela»... Y siempre, no me importa insistir, dicho todo con galanura, con una seriedad chispeante y desenfadada, con un gracejo serio, y con fondo musical de anécdotas, para terminar llevando sus escritos hacia la dorsiana categoría.

Y, junto a sus innumerables originales, publicados y sin publicar, todo cuanto conserva su memoria privilegiada y lúcida: «arsenal memorístico», que a quienes somos sus amigos tantas veces nos ha regalado, con anécdotas para enhebrar —como acertadamente ha dicho en su discurso— libros sin descanso. Libros que, sin duda, enhebrará.

Con Luis Calabia ingresa en esta Real Academia un periodista de lujo. Y su discurso —en el que se han dado cita su galanura de estilo, su gracia en el contar, su profundidad en el opinar y en el decir, su anecdotario definidor de personas y de tiempos— ha querido que versara sobre algo que él ha vivido con pasión y con entrega y que ha conocido de manera privilegiada: sobre «Más de medio siglo de periodistas y de periódicos vallisoletanos». Y ha evocado, a través de cabeceras y de figuras numerosas, aquel Valladolid en el que la prensa era abundante. Y lo ha hecho desde este Valladolid en el cual el único periódico superviviente es El Norte de Castilla. Y que lo sea por muchos años. Aunque bien estaría que su soledad se viera acompañada por otras publicaciones diarias.

Francisco de Cossío, uno de los periodistas por Calabia recordados con emoción, consiguió el premio Mariano de Cavia con un

artículo titulado «Andrenio o el Periodismo», publicado con motivo de la muerte de Eduardo Gómez Baquero. Y, en ese artículo, Cossío hace referencia a ese periodismo de antes, que es el que Calabia se ha referido, el que Calabia practicó y ejerció con entusiasmo y con entrega, dando el pecho cuando era preciso y jugándose —como tantos buenos periodistas— la vida a cara o cruz, a cambio de nada. Un periodismo no sé si mejor o peor que el de ahora —que juzguen quienes quieran juzgar— pero, indudablemente, en muchos aspectos, distinto.

«Gran virtud —escribía Cossío— cuando un hombre de capacidad, de cultura, de ingenio, se entrega en absoluto al periodismo. La única profesión de caballería —afirma Cossío— que en nuestro tiempo subsiste».

Porque es poseedor de esa gran virtud, yo doy con orgullo la bienvenida a Luis Calabia Ibáñez, en nombre de esta Real Academia, de su Presidente, de mis compañeros y en el mío propio. La Academia recibe, con ilusión y con emoción de fiesta, a este escritor, a este periodista a quien Valladolid tanto debe; que a Valladolid se ha entregado siempre desde el día en que nació en las Cabañuelas, a la vera de la Universidad y a la sombra, tan estremecida de garbo y de sobriedad, de niebla petrificada y de luz en vuelo, con irisaciones de niebla, de nuestra torre de la Antigua.

Muchas gracias.

*Antonio Corral Castanedo*  
*28 de Marzo de 1985*



